EVENGARG
HEREDEROS DE LA GUERRA I

Ana B. Sintes

EVENGARG
HEREDEROS DE LA GUERRA I

Primera edición: diciembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Ana B. Sintes
© Ilustración de portada: Julián Calle
© Ilustración interior: Andreína Sttapper

ISBN: 978-84-17548-82-7
ISBN digital: 978-84-17548-83-4
Depósito legal: M-41067-2018

Editorial Adarve
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Todavía queda abierta, ante las almas grandes,
la posibilidad de una vida libre. En verdad, quien menos
posee, tanto menos es poseído.
¡Alabada sea la pequeña pobreza!

Donde el Estado acaba, allí comienza el hombre que no es
superfluo: allí comienza la canción de quienes son necesarios,
la melodía única e insustituible.

Friedrich Nietzsche
(*Así habló Zarathustra,* 1891)

Prólogo

Era un día lluvioso, la verdad es que no recordaba día anterior en el que no hubiera llovido, no al menos desde que recibió la noticia. Era joven, pero lo suficientemente mayor como para comprender los sentimientos que en ella anidaban; para comprender con suficiente madurez el temor que la abordaba pensando en la situación que se le venía encima, del resto no tenía ni idea. Aquella vieja casa, por poco tiempo que hubiera estado en ella, era su hogar y los que ahí vivían su familia. No importaba el hecho de no estar emparentada con ninguno de ellos, los lazos de unión se formaban tan rápidamente y con tanta fuerza que le era imposible imaginar un futuro sin las personas que la rodeaban. En sus ratos libres le encantaba escuchar las historias que algunos relataban sobre sus padres, recordándolos con tristeza y orgullo. Eran muchos los niños que allí vivían cuyos padres perecieron en alguna de las grandes guerras de los hombres. Ahora todos esos huérfanos habitaban en casas como aquella, convertidas en improvisados orfanatos escondidos en los bosques, donde los pequeños estaban a salvo.

Una mañana, la mañana del día más oscuro que podía recordar, llegó un extraño hombre no muy mayor, sin embargo, en sus ojos se veían siglos de duras penurias, algo que ella no alcanzaba a comprender. Su rostro era severo, pero algo en él reflejaba seguridad, al menos eso le pareció percibir cuando se cruzaron en los altos escalones de piedra que daban acceso al gran portón de madera. El hombre la miró de reojo sin mediar palabra, al hacerlo la niña sintió una fuerte sacudida en su interior que hizo que su pequeño

cuerpo se estremeciera; le era familiar, aunque no lograba recordar por qué. Cuando el hombre entró la pequeña permaneció en los escalones de piedra, sentada bajo la lluvia, pensando. Intuía que ese hombre no era portador de buenas noticias, al menos no para ella. Y así, mientras su ingenuo juicio intentaba llegar a una conclusión que calmara la inquietud que surgió en su interior, agarró con fuerza un collar de plata que colgaba sobre su estómago, forjado bajo el símbolo ancestral, la flor de Lessa, mientras el largo cabello castaño goteaba sobre la falda de su vestido, empapándolo.

El hombre caminaba por los viejos pasillos de piedra gris, con la cabeza baja y las manos dentro de su empapada y desgastada túnica marrón. El cabello, largo y canoso, caía por su espalda amarrado en una maltrecha coleta. Su figura, de gran estatura, aunque no de fuerte complexión, lucía imponente en los lóbregos pasillos. Se detuvo al llegar frente a una enorme puerta de antiquísima madera de Yaba sin tratar con algunas largas astillas que sobresalían de ella. Con la mano abierta la aporreó enérgicamente, si bien poniendo cuidado en ello. Al momento una grave voz femenina le dio la bienvenida, haciéndole pasar no muy cortésmente. Él abrió la puerta lentamente con la mirada baja, entrando en la habitación; al hacerlo cerró con la misma lentitud echando un rápido vistazo a su alrededor. Todo se encontraba exactamente en el mismo lugar a la última vez que estuvo allí, siete años atrás. Muebles fabricados con la misma madera de la puerta por toda la habitación, viejos candelabros de plata iluminando el húmedo despacho y en el centro de este, una vieja mesa mejor tratada que el resto del mobiliario. Tras ella una mujer de avanzada edad a la que, aún oculta tras el robusto mueble, podía apreciarse su extrema delgadez. Impasible, permaneció erguida en su asiento fumando de una vieja pipa, al igual que la última vez que estuvo en ese despacho. Le habría sido imposible olvidar el desagradable olor de la Yaba, hierba que solo podía conseguirse en lo alto de las montañas del este. Plantas con fines curativos tratadas por los Teurgios que habitaban dichas montañas y su madera, siempre y cuando estuviera tratada por un carpintero de habilidosas manos, era considerada la más noble del lugar.

—¿Otra vez tú? —preguntó la fantasmagórica Ágata Shalk con seriedad dándole una calada a su pipa.

—Dije que volvería —apuntó él, clavando su mirada en la mujer.

—Y yo no te creí —la mujer suspiró mientras se inclinaba sobre la mesa—. ¿Qué es lo que quieres ahora, Herban?

—Vengo a buscar lo que en su día deje aquí —respondió prudentemente.

—¡Por Lessa! ¿Cómo puedes hablar así de una misericordiosa criatura?

—No me hables de misericordia Ágata —el hombre caminó con decisión hasta el centro de la estancia—. Vengo a buscar lo que dejé a tu cargo, es hora de que vuelva conmigo, no puede permanecer aquí por más tiempo —Ágata tensó los labios en respuesta a sus palabras—. Podrían descubrir su paradero y entonces no solo ella correría un grave peligro, el resto de los niños también. No sabes lo que son capaces de hacer por conseguir lo que desean y necesitan. El momento ha llegado.

Ágata se levantó del sillón dando otra calada a su pipa, yendo hacia el hombre. Un horrendo y áspero traje rojizo cubría su esquelético cuerpo dándole un aspecto empobrecido.

—Está bien, sé que no puedo ni tengo derecho a detenerte, aquí todos tenemos nuestra misión y yo… —tragó saliva. Tras tantos años había llegado a querer a la niña—. Ya he cumplido. Me he encargado personalmente de que reciba unas nociones básicas, espero que resulten. Sé que harás un buen trabajo con ella, ahora todo está en tus manos.

Fuera, aún en las escaleras, la pequeña reflexionaba con lágrimas en los ojos. Entre sus menudas y frías manos sujetaba una fotografía reciente de ella misma junto a dos niños más, dos hermanos. Uno de ellos apenas un desaliñado infante, el otro podía decirse ya un adolescente. Esos dos niños se habían convertido en sus mejores amigos, en toda su familia y ahora los iba a abandonar.

—Te estás mojando —le alertó una voz tras ella. La niña se levantó, era el menor de los hermanos.

—Me da igual —apretó la foto con fuerza contra su pecho mirando a su amigo.

—Ven, quiero enseñarte algo.

El niño extendió la mano hacia ella; esta le miró, sonrió y la tomó. La niña era algo mayor que su amigo, apenas un par de años, pero aun así le superaba en más de un palmo de altura. Ambos entraron corriendo en la casa, correteaban por los pasillos alegremente mientras bromeaban y reían, dejando atrás sus inocentes carcajadas infantiles rebotando contra las gruesas paredes. Pese a ser más menudo, el niño corría con muchísima más soltura haciendo que ella más que seguirle se viera arrastrada por él. Con toda la rapidez que sus piernas les permitían subieron los tres pisos de la oscura casa hasta llegar al desván de esta. Una torreta en donde la señora Shalk se encerraba de vez en cuando a lo que se refería como: «meditar sobre sus asuntos». El niño se detuvo frente a una oscura puerta haciendo callar a su amiga, soltó su mano y empujó la pesada puerta dejando al descubierto una cavernosa estancia.

—Mira —dijo señalando hacia el interior.

Era alta, mucho más que el resto de las habitaciones de la casa, aunque sin duda las paredes resultaban lo más llamativo de la estancia. Por ellas se deslizaba una gelatinosa masa marrón proveniente del techo, desapareciendo al tocar el suelo. Toda la habitación era iluminada por una enorme luz que flotaba en lo alto de la misma, lo que los niños definían como una bola de fuego que no alcanzaban a vislumbrar. El lugar estaba totalmente vacío a excepción de un arcaico pedestal oscuro que se alzaba en medio de la sala. Sobre este un óvalo cristalino del tamaño de un pequeño balón negro levitaba. La señora Shalk lo llamaba el Opin.

—¿Quieres ver lo que sé hacer? —preguntó el niño con una gran sonrisa dibujada en la cara.

—Sí —ella también sonrió mientras entraban.

Él se llevó el dedo índice a los labios indicándole que se quedara en silencio mientras se acercaban al óvalo. Al quedar frente a este se vio obligado a ponerse de puntillas y estirarse para poder posar las manos sobre el Opin. Al hacerlo se iluminó ligeramente, surgiendo un leve zumbido del interior.

—La señora Shalk lo tiene aquí porque dice que no funciona bien, no sé lo que es… —susurró forzando el gesto en un intento por parecer interesante.

Las gotas de sudor caían por su frente y los dedos de los pies comenzaban a dolerle, no le gustaba ser más menudo que ella. Eso era algo con lo que su hermano bromeaba, el pequeño Lei que siempre quería verse alto junto a su amiga sin conseguirlo. Los otros niños más mayores le habían contado que, cuando los chicos comenzaban a madurar, eran muchos los cambios a los que se veían sometidos y uno de ellos era la altura. Él sabía que, generalmente, los hombres eran más altos que las mujeres, pero si algo le preocupaba más que nada era la idea de que May siempre fuera a ser más alta que él y que, por lo tanto, su hermano seguiría siendo el único capaz de mirarla cara a cara.

—Yo sí sé lo que es —la niña miraba fijamente el artefacto. Lei apartó las manos mirándola sorprendido.

—¿Lo sabes? —preguntó asombrado mientras ella afirmaba con la cabeza.

—Es una ofrenda de la Diosa Lessa, me lo dijo la señora Shalk —aseguró May con convicción—. Dice que no funciona, pero si lo hace, lo que pasa es que ella no la sabe hacer funcionar.

—Pues yo si la sé hacer funcionar —el pequeño se enorgulleció.

—¡Tú no la sabes hacer funcionar! —ella se cruzó de brazos en un intento de demostrar su veracidad—. La señora Shalk me dijo que solo un verdadero Nuncio sería capaz de hacerlo funcionar.

—¿Un Nuncio? ¿Qué es eso?

—No lo sé… —la niña se encogió de hombros—. Pero yo sé hacer otra cosa con el Opin. La señora Shalk me dijo que en el mundo había pocos y ninguno era igual, dijo que solo están en

posesión de los Nuncios Terrenales. No entendí lo que quiso decir —ambos permanecieron pensativos unos segundos.

—¿Y qué es lo que sabes hacer tú con esto? — preguntó Lei.

—Un día la señora Shalk me trajo a esta habitación, me hizo poner las manos sobre el Opin y después… No lo recuerdo —le extrañaba el hecho de que cada vez que rebuscara en su mente sobre aquel momento fuera incapaz de recordarlo.

—¿Y porque no lo haces? —la alentó él—. Así sabremos qué ocurrió.

—Bueno… —dudó la pequeña—. ¡Pero si la señora Shalk se entera de todo esto diré que ha sido culpa tuya!

—Vale —afirmó enérgicamente el niño con satisfacción.

May se acercó con cautela al pedestal donde se encontraba el Opin, deteniéndose frente a él. Miró a su amigo, el cual se apartó unos metros a la espera de ver algo verdaderamente fascinante, posando sus manos sobre el ovalo mientras los latidos de su corazón se aceleraban.

En un principio no ocurrió nada, pocos segundos después un profundo zumbido surgió. Lo que en el interior del Opin fuera negro con anterioridad ahora se tornaba blanco. El niño comenzó a sentirse mareado, el grave zumbido entraba en su cabeza como millones de termitas hambrientas devorando su cerebro mientras ella, por su parte, sintió como si una mano invisible le arrebatará el alma de su frágil cuerpo. Su mente se nubló por completo sintiéndose caer a gran velocidad por un enorme abismo. No recordaba lo sucedido la última vez que utilizó el Opin, ni porque la señora Shalk le prohibió entrar en esa habitación, pero en ese momento millones de imágenes le venían a la mente, tan rápidas que le era imposible asimilarlas. Sintió el mismo miedo, el mismo agudo dolor en el pecho. Lei se apartó de su amiga al ver como sus pies se elevaban del suelo, contemplando horrorizado como lentamente se convertía en lo que a sus ojos se asemejaba más a una bestia que a un ser humano. El largo y ondulado pelo castaño se enmarañaba y volvía blanco; sus ojos comenzaron a desencajarse, alargándose

hasta que los parpados prácticamente desaparecieron y tornándose completamente negros. Su cuerpo se consumía rápidamente notándose cada uno de los huesos y su pequeña dentadura desaparecía para dar paso a tres largas filas de puntiagudos dientes. Un potente rayo surgió del Opin traspasando el techo de la torre, fundiéndose junto al inmenso cielo nublado mientras la niña gritaba tan agudamente que apagó el grave zumbido que le destrozaba la cabeza al muchacho, haciendo estallar los cristales de la habitación situada en el piso inferior. El niño cayó de rodillas al suelo tapándose fuertemente los oídos, gritando. Miraba a May, tenía miedo y sabía que estaba sufriendo, pero se sentía impotente. Agachó la cabeza, cerró los ojos con fuerza y continuó chillando.

El rayo cesó al tiempo que el agudo chillido de la niña era ahogado. El pequeño también detuvo su chillido y aún arrodillado, con las manos presionando los oídos, la observó suspendida a pocos centímetros del suelo, desmayada. Lei se levantó, acercándose lentamente. Extendió una mano y cuando estuvo a punto de tocarla cayó al suelo con un golpe seco, al hacerlo la fotografía que llevaba salió de su bolsillo, planeando danzarinamente hasta posarse en el suelo. Él se asustó, pero enseguida comprendió que el cuerpo que yacía en el suelo no era el de una bestia, si no el de su amiga que volvía a tener una apariencia normal. Se arrodilló intentando despertarla en vano. La llamaba, le gritaba, pero no obtuvo respuesta.

La señora Shalk junto a Herban entraron en la habitación rápidamente, alertados por el tremendo estruendo de los cristales reventados. Ambos quedaron helados al comprobar la situación. Herban se arrodilló junto a la niña mientras Ágata agarró con fuerza al pequeño por la muñeca, haciéndole levantar.

—Solo esta inconsciente —les informó Herban.

—Gracias… —Ágata suspiró tranquilamente.

—Debemos irnos, ahora saben dónde se encuentra —el hombre miró el Opin el cual se mostraba nuevamente negro.

—¡No! —gritó Lei liberándose de Ágata, abalanzándose sobre su amiga.

El pequeño agarró el collar que May llevaba, antes de que Herban lo empujara con fuerza, apartándolo y haciéndole caer al suelo. La cadena del colgante cedió, rompiéndose y quedando entre las manos del niño.

—Marcharemos de inmediato —concluyó Herban mirando severamente al pequeño.

El hombre cogió a la niña en brazos y la sacó de la casa, Ágata recogió la fotografía a los pies del pedestal, ayudó al muchacho a levantarse del suelo y les siguieron. Cuando se encontraron en el jardín comprobaron cómo, para su sorpresa, la tormenta que tantos días había durado amainaba.

—Puedo prestarte un Garamond, os conducirá hasta donde ordenes, es joven y fuerte —ofreció la mujer dirigiéndose a la cuadra.

—Tengo que sacarla de aquí, ahora saben dónde está y vendrán a por ella. Corréis un grave peligro en este lugar, tú y los niños debéis marchar.

Al llegar cogieron el animal al cual Ágata se había referido, un imponente espécimen de un género similar a los equinos, un gigantesco Garamond negro con la mitad de las patas de color plateado, al igual que la cola y su larga crin. De su cabeza surgía una fuerte cornamenta en la que afilados cuernos se entrecruzaban. Herban montó al animal posando a la inconsciente niña delante de él, agarrándola con fuerza.

—Debéis poneros en marcha cuanto antes. Mucho me temo que no me encuentro en posición de desvelarte su destino —añadió el hombre acomodando a May—. Nuestro futuro, desde hoy, es del todo incierto. Ten en cuenta, Ágata, que tal vez no vuelvas a verla.

—Lo sé… —ella acarició la cara de la niña con ternura—. Ha sido como una hija para mí.

—¡Yo también voy! —gritó Lei valientemente intentando subir sobre el Garamond sin éxito.

—No, muchacho, debes quedarte con tu mentora —declaró el hombre duramente.

—Pero, Herban, esto no debería ser así, ya sabes que él no… —Ágata dejó escapar aquellas palabras nerviosamente.

—No siempre las cosas salen como se las planea. No te preocupes, si es designio de Lessa no hay por qué temer —ambos adultos miraron al niño.

—Ve con cuidado —le rogó ella preocupadamente.

—Créeme, Ágata, nadie mejor que yo sabe lo que conlleva esta situación.

—Cierto… — la mujer suspiró—. Cuídate, Herban, querido amigo.

—Descuida —se despidió él agarrando con fuerza las bridas.

Le dio un pequeño azote al Garamond el cual galopó vigorosamente en dirección al bosque Ladero, adentrándose en la espesura. Ágata y Lei se quedaron inmóviles, mirando como desaparecían entre las sombras del frondoso bosque, pensando en que sería lo que les depararía el futuro a ambos y si alguna vez volverían a verlos.

El niño no pudo evitar llorar, agachando la cabeza para que la señora Shalk no pudiera verle, ya que esta les aleccionaba continuamente que el llorar era de débiles. Al instante reparó en su puño cerrado. Abrió la mano y ahí estaba, el largo y extraño collar de su amiga. Un fino hilo de plata retorciéndose en sí mismo para formar los siete pétalos que constituían una flor tan grande como la palma de su mano, unidos en su centro por un panal de plata con un acabado mucho más logrado y adornado con diminutas piedras negras evocando sutiles estambres. Lo miró unos segundos, volvió a cerrar el puño y dejando de llorar se enderezó.

—Señora Shalk, el hombre… —balbuceó el pequeño.

—¿Sí? —Ágata se arrodilló ante él con gesto maternal.

—Dijo que debíamos marchar nosotros también. ¿No es así? —concluyó.

—Cierto.

Ágata quedó pensativa unos segundos, los que tardó en volver a levantarse, cogiendo al niño firmemente de la mano y entraron

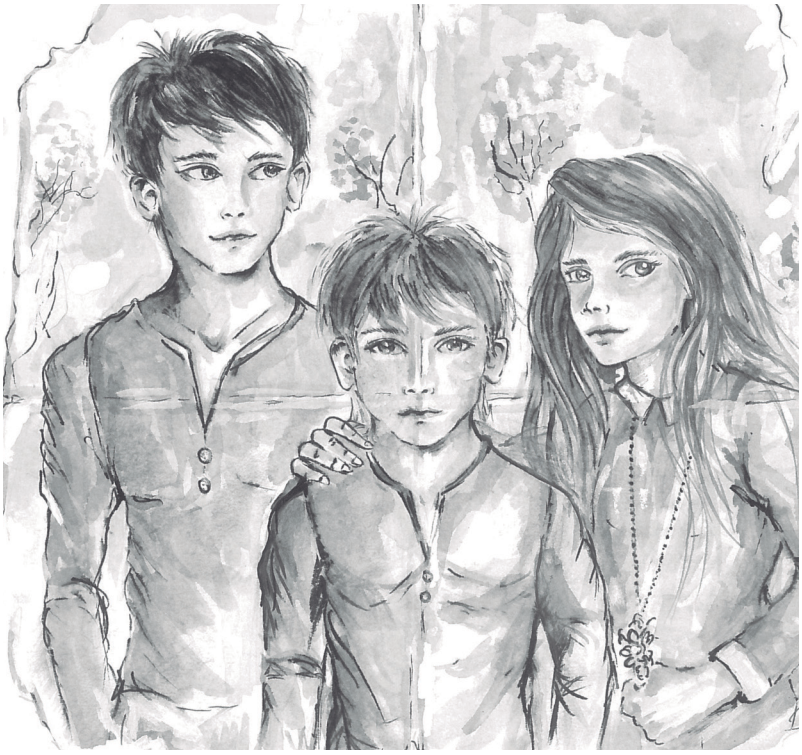
en la casa. Todos los que ahí vivían debían marchar en busca de un lugar más seguro para comenzar una nueva vida. Pero eso a Lei no le importaba. Acababa de perder lo que para él era lo más preciado en su vida. Albergaba una predilección hacia May que no experimentaba hacia nadie más, ni siquiera con su propio hermano. Tan solo con esa niña que no hablaba con nadie, taciturna y hermosa como los cientos de flores que se extendían por el jardín. Hacía poco que había comenzado a verla como la flor más bonita que jamás pudo contemplar, aun desconociendo la importancia de dicho pensamiento.

En pocas horas Ágata, junto al resto de mujeres que trabajaban en la casa, organizaron la partida dividiendo a los niños en reducidos grupos para poder pasar desapercibidos. Una mujer iría con cada grupo, rumbo a los orfanatos más cercanos en busca de cobijo. Lei marchó siguiendo a la señora Shalk, junto a su hermano mayor y tres niños más, a pie por el camino contrario al que el hombre sobre el Garamond huyó. Era inevitable, cada vez estaba más lejos de ella. Su hermano Lexx le preguntó en más de una ocasión qué era lo que había sido de su amiga, pero él jamás respondió, tan solo se limitaba a bajar la cabeza y meter las manos en los bolsillos de los pantalones acariciando el collar.

Caminaron sin mencionar lo ocurrido en la habitación del Opin. Ágata en ningún momento pidió explicaciones, aunque tampoco las necesitaba, sabía exactamente lo que había ocurrido. Simplemente una de las noches, poco antes de llegar a su nuevo hogar, la mujer se acercó a él tendiéndole la fotografía que había recogido del suelo, acariciándole con ternura la cabeza, despeinándole los ásperos y oscuros cabellos. Tras unos días de angostos caminos, llegaron a una enorme construcción sobre la cual la luz del sol rebotaba resplandeciente. Un lugar mucho más bonito e infinitamente mejor conservado que su antiguo hogar, sin ninguna apariencia de orfanato. Un lugar con olor a sal, mar y libertad.

Pasaron los años y la pequeña May fue desapareciendo de la memoria de ambos hermanos hasta quedar en un borroso y le-

jano recuerdo. Lo único que quedó de ella fue la vieja fotografía que con el paso del tiempo se distorsionó hasta apenas ser reconocibles sus rostros y el collar que el menor poseía celosamente con la esperanza de poder devolvérselo algún día; una excusa para encontrarla en algún momento de su vida. Pero llegó un día en el que guardó, tanto el colgante como la fotografía, en una pequeña caja de madera junto a una pelotita roja y un caballo en miniatura tallado a mano, únicos recuerdos de su infancia. Fueron creciendo, madurando y saboreando nuevas experiencias, hasta el punto en que la vieja casa y la pequeña niña solo existían en lo más profundo de sus mentes. Hasta que los nombres y los juegos solo se hacían presentes en los sueños y las ilusiones, risas y sentimientos fueron arrastrados por el tiempo.



1

El cuerpo en la ciénaga

Realmente tenía mal aspecto. El anciano rostro del Uhuren mayor se demacraba con preocupante rapidez. Su cabello blanco, siempre recogido en una larga y gruesa trenza, se despeinaba a cada paso que daba. Cruzando las sucias calles de la ciudad mientras arrastraba un oscuro barro con los bajos de su magnífica toga color escarlata. Estaba cansado y apenas le quedaban fuerzas, cuanto ansiaba volver a dormir como lo hizo antaño…

Aquella fría madrugada el cielo dejaba caer tímidas gotas sobre los tejados de las humildes casuchas que se extendían a lo largo del extrarradio de la ciudad. Los hogares se amontonaban en la lejanía cual gigantescas escaleras de madera unidas por rudos puentes, muriendo su dimensión y carencia a los pies de un portentoso torreón tallado en las piedras de lo que en su día fue una colina, en parte natural, en parte forzada por la mano del hombre, alzándose a más de doscientos metros de altura para acabar en una imponente cumbre, presidida por una brillante cúpula cristalina que hacía la función de observatorio astronómico. Sobre su fachada podían apreciarse los incontables ventanales y balcones que la rodeaban. Pasillos que recorrían cada una de las estancias del complejo y fuertes columnas hermosamente talladas mantenían en pie las alturas que la conformaban. Hannagreth se alzaba imponente y respetuosa ante el mundo.

El anciano confiaba en que una pequeña luz se encendiera para iluminar así su desconcertado paso. Ansiaba la llegada de una res-

puesta que le ayudara a comprender el significado de sus fatídicos presagios. Más de tres años habían pasado y cada noche el mismo sueño. El Soberano exigía una respuesta inmediata y él, como su asesor, debía dársela sin más dilación. Aquella noche era su última oportunidad. El descenso desde lo alto de la torre hasta los calabozos, al otro lado de la ciudad, se le hizo eterno. Su cansado corazón palpitaba con fuerza, incluso con cierto ritmo, anhelando sus años de juventud. Tal vez en breve podría recuperar todo su esplendor como Uhuren mayor.

Allí cuatro de sus hombres, Uhurens versados en el arte de la adivinación, le esperaban en silencio, observando con ojos apagados y algo de lastima al que esperaban fuera el ultimo sacrificado para aclarar la confusión de su gran maestre. Un hombre de mediana edad permanecía en pie, completamente desnudo, atado de pies y manos en el centro de una oscura y mugrienta sala, aguardando con resignación su nefasto final. Los grilletes que aprisionaban sus muñecas se hallaban unidos a una gruesa cadena de acero que colgaba del techo de esa manera, en el caso de que al hombre le flaquearan las piernas, la cadena lo mantendría erguido. Esa misma noche, mientras cenaba junto a su esposa y tres de sus hijos, dos soldados acompañados por un Uhuren se presentaron en su hogar, citación en mano, para que los acompañara a la torre. La mujer rompió a llorar mientras los pequeños observaban con desconcierto como el Uhuren le hacía entrega a su padre de un sobre negro sellado por la Casa Real y el Consejo. El hombre dejó caer la cuchara que iba a llevarse a la boca, manchándose la espesa y oscura barba de potaje de alubias. Al tiempo que extendía la mano para aceptar la citación, uno de los soldados se dirigió a la afligida esposa, haciéndole entrega de una pequeña bolsa de piel repleta de tintineantes monedas. La mujer le dio un manotazo tirándola al suelo mientras se abalanzaba suplicante sobre su esposo. Los pequeños comenzaron a sollozar sin moverse del lugar. A pesar de su inocencia sabían perfectamente que estaba a punto de ocurrir. La guardia real inspiraba demasiado temor entre la población, in-

cluyendo a los más pequeños; nadie osaba contrariarlos. Cabizbaja, aquella humilde familia aceptó el destino que unos pocos habían decidido. El hombre se despidió de sus hijos y esposa sin derramar una sola lágrima. Con la cabeza bien alta y una gran sonrisa dirigida a sus pequeños abandonó el hogar familiar, para siempre.

Ahora, mientras observaba como el Uhuren mayor se acercaba a él con ojos voraces, lamentaba no haber dado un par de buenos consejos a sus vástagos y un último beso de despedida a su esposa. El viejo se dirigió hacia una destartalada mesa de madera, sobre ella algunos utensilios comúnmente utilizados en las mazmorras tales como dagas, una contundente maza con algunos cabellos adheridos a ella por la sangre seca y diferentes estilos de picas, de punta plana, redondeada…

El Uhuren mayor agarró, con mano temblorosa, una corta pero afilada daga. Durante unos segundos observó su reflejo sobre el brillante filo, aquellos ojos que le devolvían la mirada no eran los mismos que recordaba haber tenido tiempo atrás. Eran ya tantas las guerras vividas, tantos los momentos a olvidar que, en el camino, olvidó incluso quien era. El viejo ladeó ligeramente la cabeza entrecerrando los ojos, saliendo así de su ensimismamiento.

Con inusitada fuerza se enderezó, caminando con decisión hacia el hombre apresado. Este, aterrorizado, se revolvió en un intento vano por liberarse de los grilletes; sin poder retener más las lágrimas. El Uhuren mayor se dirigía hacia él y no podía hacer más que arrodillarse, pero incluso eso le fue negado ya que, al flexionar las rodillas, resbaló en el oscuro suelo encharcado mezcla de agua, sangre y orín, quedando colgado a merced de sus captores. Ya no tenía fuerzas para levantarse, las piernas no le respondían, el terror lo atenazaba y el corazón le latía violentamente. Solo podía suplicar clemencia entre lágrimas.

—Hijo mío, tu muerte no será en vano —el Uhuren mayor se agachó levemente para quedar cara a cara con el prisionero—. Que tu alma guíe a los espíritus para que nos protejan de la desgracia que se cierne sobre Hannagreth.

Al escuchar esas palabras el hombre se dejó caer haciendo que las muñecas, fuertemente atadas a los grilletes, soportaran todo el peso de su cuerpo. Le dolía, pero no le importaba. Se había dictaminado su condena de muerte.

—Escúchame, anciano, escúchame y no olvides mis palabras. Llegará el día en el que esta ciudad sepa la verdad y cuando ese día llegue ten por seguro que tú serás el primero en caer, pero no antes que Hannagreth. Pues no habrá mayor sufrimiento para ti que contemplar como lo que con tus manos has alzado, se derrumba.

La amenaza del hombre quedo grabada, marcada por punzantes aguijones, sobre el Uhuren. Este se enderezó forzando una sonrisa que pretendió ser a modo de desprecio, sin lograrlo. Su miedo era demasiado fuerte como para pasar por alto aquellas palabras. Miró al desgraciado hombre, agarró con fuerza el puñal de la daga y descargó su furia contra el indefenso prisionero.

Los cuatro Uhurens que acompañaban a su maestre observaron como hendía la hoja del arma sobre el vientre del preso, cortando con macabra lentitud piel, carne y músculos. Presionando con la fuerza justa y exacta, digna de un experto, hasta abrir una brecha en el vientre plano y tostado del hombre. El Uhuren mayor acercó su rostro al del condenado, apretando los dientes con fuerza mientras los desgarradores gritos del hombre inundaban la sala. Con un último movimiento algo más rápido, pero igual de maestro, acabó su faena. Los cuatro Uhurens comenzaron a murmurar oraciones mientras observaban la forma en la que las entrañas caían al suelo, aun humeantes por el contraste de temperaturas. El Uhuren mayor se apartó unos pasos, en un intento vano por evitar que la sangre le salpicara, observando junto a los demás como se disponían las tripas sobre el sucio suelo de piedra. El hombre, moribundo y ya sin voz, se convulsionó hasta que tan solo un débil filamento unía el amasijo de carne esparcida, a su cuerpo. Un gran charco de sangre cubrió los pies del anciano mientras el preso exhaló su último aliento. Los cuatro Uhurens continuaron murmurando por lo bajo, observando cual cuervos los restos sin vida de aquel desdichado

que había dejado sobre la tierra a una familia desamparada en una ciudad inflexible.

—¿Y bien? —preguntó el viejo Uhuren a sus discípulos.

Todos cesaron su rezo agachando las cabezas sin poder dar respuesta a su maestre. El anciano, indignado, recogió los bajos de su toga ordenando a uno de los carceleros que limpiara aquel despropósito, abandonando después los calabozos.

Caminó con paso rápido, más rápido de lo que era habitual para un hombre de su edad, con los puños cerrados, clavándose las redondeadas uñas en la palma de sus manos. Ya no tenía respuesta alguna que ofrecer al Consejo y eso le ponía en una situación mucho más que incomoda. Salió de la torre utilizando uno de los accesos traseros, acelerando el paso hasta que sus pulmones se resintieron. Grandes bocanadas de aire escapaban desde lo más profundo de su ser. Contrariado se dio media vuelta, haciendo que los bajos de su túnica salpicaran de sangre la pared de la casa junto a él. Levantó la mirada observando la icónica torre hueca. Al instante los ojos se le llenaron de lágrimas, recordando lo que tantas veces había soñado. Esos sueños en los que aparecía una sombra que aplastaría a sus enemigos e iniciaría el proceso por el que serían desheredados de todo cuanto poseían. No lograba entender como él, siendo el líder de la potencia más grande de aquellas tierras, el gran mentor y maestre de la ciudad de Hannagreth, se veía derrotado por una forma indefinida y sin rostro que, no solo le arrebataría el poder al Consejo, amenazando la noble y ancestral tradición de los Uhurens. Se sentía impotente ante una amenaza que, sin remedio, se cernía sobre él. En un principio su curiosidad se convirtió en preocupación, la preocupación en temor, el temor en pánico. Ahora el pánico lo atenazaba, arrebatándole incluso el aliento.

A la mañana siguiente, la guardia real de Hannagreth encontró, en la ciénaga de las afueras de la ciudad, lo que se había convertido ya en una macabra costumbre. Un cuerpo en descomposición y sin rostro.